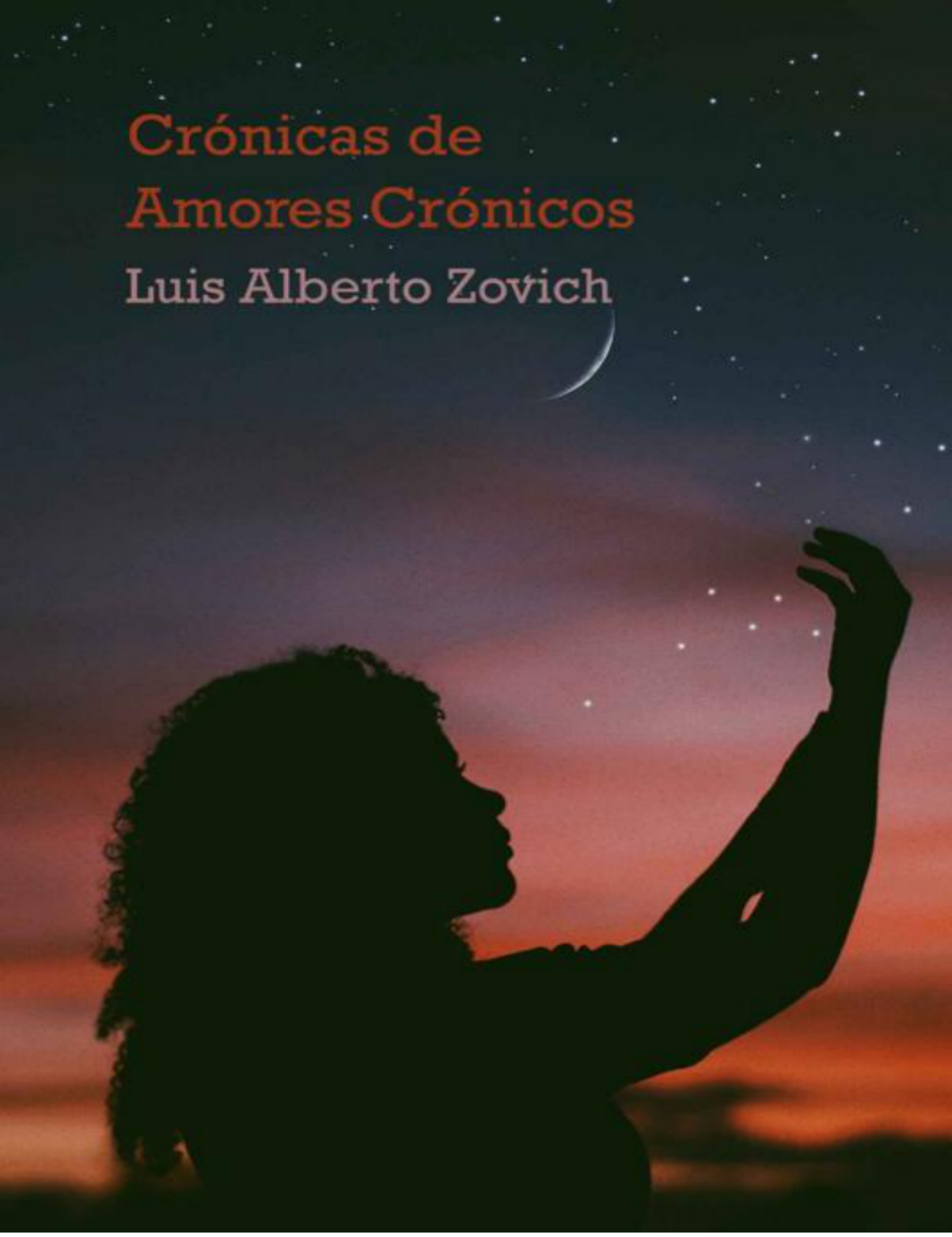
Crónicas de Amores Crónicos

Luis Alberto Zovich



Crónicas de amores crónicos
Luis Alberto Zovich

Ficción argentina, cuento, relato, romance

Fotografía de portada: Andre Moura
https://www.pexels.com/photo/silhouette-photo-of-woman-2747553/

Este libro electrónico fue editado en Enero de 2023
Puerto Iguazú - Misiones - Argentina

En memoria

de Anne Bonny, Alfonsina Storni, Camila O'Gorman, María Bonita y Mary Read. Mujeres que dieron por tierra con las normas y convenciones sociales impuestas a sangre y fuego en distintos momentos de la historia de la humanidad, mujeres que se rebelaron contra el sistema opresor, misógino y machista.

Valientes y apasionadas, librepensadoras que lucharon contra los estereotipos de mujer objeto, adorno del varón, confinadas a ser madres prolíferas y amas de casa sumisas. Amaron sin límites ni prejuicios y se jugaron la vida en pos de sus ideales. Íconos libertarios, faros que alumbraron por sobre el oscurantismo patriarcal.

Citaré, entre otras, tres historias que me conmueven y enamoran. Anne Bonny, la pirata más famosa del Caribe, valiente, desprejuiciada y transgresora de todas las normas absolutistas que gobernaban y gobiernan. La Delfina, una portuguesa, capitana de las tropas libertarias de Pancho Ramírez. Y María Bonita, la bandida rural del nordeste brasilero, incansable luchadora contra la xenofobia, durante 12 años vivió y peleó al filo de la muerte con una bala en la espalda; formando parte del micro ejército de Virgulino Ferreira (Lampião). Impuso su propia filosofía sobre el amor y la muerte, y lo efímero y paradójico de nuestra existencia.

En esta obra, desarrollo brevemente amores históricos, amores míticos y otros relatos, algunos vividos y otros recabados y rescatados del olvido y el anonimato impuesto por cierto velo social.

De amor crónico

El fuego comenzó una madrugada y el resplandor iluminó aquel amanecer como nunca antes, arrasó sin piedad cientos de hectáreas subatómicas de epidermis, ardieron valles y montes, ardieron lunas y corazones. Nuestros cuerpos laboriosamente avivaron las llamas. Oxígeno, combustible y calor en perfecta armonía. Fuego en la tierra, fuego en los cuerpos y en el cielo. Fue ese el principio de una serie de incendios que devastaron la ausencia de amor.

Eterna temporada de incendios que dejaron un mar de cenizas, del que renacemos cada día como aves fénix. Pájaros de fuego alzando el vuelo, aves nocturnas quemando la selva. Tu leve resplandor alumbrando mi vida, tu tenue figura, quinto elemento, carne y alma, quinto elemento, tu amor arrasando mi cuerpo, tu amor, escudo sublime, fuego, temporada de infinitos incendios. Quinto elemento, tus ojos, tu piel, tu voz.

Senderos de fuego encendidos por mis labios, senderos de fuego donde pierdo el rumbo a cada abrazo, a cada caricia, a cada beso. Caminos secretos, curvas pronunciadas en voz baja. Temporada eterna, sin pasado ni futuro. Tiempo de amor intenso donde se diluye el olvido, donde muere el dolor.

Volvemos siempre sobre nuestros pasos a recorrer este cálido y oscuro territorio, iluminado por caricias encendidas. Esta nostálgica sensación de abandono, nuestros cuerpos y nuestras almas unidas por los besos. Volvemos cada día, cada año, cada vida y todo comienza una vez más, amor, dolor. Sentirnos una vez más, saber que somos un eterno regreso al fuego. Reincidentes de la hoguera. Somos herida abierta, dolor que golpea el alma, piedras que la vida arrastra por el fondo de nuestros corazones. Amor crónico que persiste aún en temporada de lluvias.

A destiempo

Y una mañana vi tu cara entre la gente. Tus ojos volvieron a mí, tu voz, tu amor rebelde y depredador, tu desenfadado amor. Y una mañana el tiempo voló, tu piel me arrancó de la nostalgia. Y fue ese un día de gloria. Sutil y frágil felicidad que nos atropella, por un instante, y nos desgarra hasta el próximo día, hasta el fin de la próxima eternidad.

Te extraño con mi cuerpo y con mi espíritu, me dijiste, y clavaste mil puñales en mí. Te extraño tanto, te dije, mientras mis labios desgarraban tu alma. Ya no me beses, imploraste susurrando. Ya no me ames, te dije, y nuestros cuerpos eran uno.

Y la mañana se fue diluyendo, convertida en ayer. Y ese día se hizo tarde y luego se tornó en olvido. Y la oscuridad vuelve, hoy, hasta que pase otra eternidad.

Buscando la luz del sol

Esa tardecita lo aguardó en la plazoleta, estaba angustiada, sabía que algún día todo terminaría, y ella no quería despertar, no quería decir adiós.

Lucas venía alerta, armado hasta los dientes, con palabras vanas, intentando poner distancia. Ya no da para más, pensó, aquí tiene que terminar todo, mientras esbozaba una sonrisa tibia, casi nerviosa. Tenemos que hablar, le dijo, midiendo las palabras, ensayando una mirada fría. Miriham hizo un gesto reflejando ese contenido dolor, estiró una mano y acarició su mejilla, el sintió que las piernas no le respondían.

Tenemos que hablar, pensó, y los ojos de Miriham eran soles iluminando el abismo. Ese abismo a veces cálido, cargado de silencios, ese abismo a veces paraíso, a veces infierno, abismo a veces amado, a veces temido, abismo donde latían sus corazones a ritmo feroz. Vengo con mi plan perfecto, sincronizado, deberíamos hablar, decirnos adiós, basta de heridas, basta de dolor. Ella estiró la mano y tocó sus labios, y las palabras murieron antes de nacer, se volvieron alas de mariposas revoloteando debajo de la ropa, agitando sus almas perdidas en el atardecer, perdidas en los confines de la habitación del viejo hotel, reviviendo caricias y hogueras crepusculares, rescatando besos del olvido.

Lucas cayó herido de muerte por los flechazos de sus ojos, ella lo contuvo, muerto de amor en sus pechos, abrazado a su vientre en llamas. Arrastrados por la corriente oscura de ese río. Tus ojos me desarman, le dijo él, y se sintió feliz, a pesar de que en su alma corría un viento negro de arena de desierto. Ella pensó en ese abismo de tiempo que los separaba, en esos años de más, y se aferró a su piel como un náufrago, se aferró en mitad del río, en medio de la tormenta, a ese desamparado amor.

Me desnudan tus caricias, pensó, y el dolor se fue por unos breves instantes, eternidad fugaz y gloriosa, dulce derrota que mece almas perdidas, dulce derrota que mañana se tornara en frágil recuerdo. Besos quemando el crepúsculo, besos como puñales que desangran la piel y la vida, tarde vuelta noche sin luna, sin salida, caminos que vuelven al monte, pasos perdidos, amor vuelto dolor, y todo vuelve a comenzar, dolor que revuelve puñales en la vieja herida.

Deberíamos hablar, pensó él, deberíamos terminar, dejar de sangrar, buscar la luz del sol, pensó ella, y se hundieron aún más en la oscuridad.

Efímera tregua

Mis manos temblando en el limbo, estas lágrimas que brotan, esta negra madrugada, mi piel atravesada por oscuros puñales, gotas impiadosas de lluvia triste. Ángeles de la muerte revoloteando sobre mis despojos inconsolables. Paisaje abrumado, mi espíritu quebrado. No existe peor muerte que estar vivo y sin tu amor. No existe tristeza mayor, vacío más grande, que esta soledad. Sangrando lágrimas ruego, imploro por ti, porque la muerte me lleve. Encontrarte en el otro lado. Dejar atrás el fragor de la existencia.

Si pudiera mirarme en tus ojos, cobijarme en tus brazos, quemarme en tu fuego. Volver el tiempo atrás, cambiar mis lágrimas por tu sonrisa, este dolor por tu boca, la oscuridad por el sol de tu piel. Ay si esta soledad se transformase en tibio resplandor, en calor, en fuego arrasador. Si pudiera alterar el universo. Si mis manos rozaran tu cuerpo. Si mi espíritu se iluminara con tu amor. Si pudiera trocar el canto de los pájaros por tu voz.

Ausencia que se torna infierno, silencio que todo lo abarca, dolor que carcome hasta el último rincón del alma. Tal vez nunca amanezca, tal vez estoy muerto, aunque te recuerdo, aunque estoy rogando por tu presencia.

El sendero se desdibuja, invadido por una maraña de hojas secas, el sendero es solo una maraña filosa, espinas en la piel, espinas en el alma, espinas que envenenan. Espinas del tiempo en un camino que conduce a la nada. La nada es el todo, el infierno, la nada. El dolor, la nada, espinas en el alma, filosos recuerdos me devoran.

Quisiera que el viento vuelva polvo mi carne, mis huesos, que me lleve al borde del universo, que se apaguen las estrellas, que solo brilles tú, amada mía.

Pasaste por mi vida cual efímera tregua. Con la luz de tu alma. Con tu dulce mirada. Con tu sonrisa arrasadora. Y tu amor, tu furioso amor, tu feroz amor. Devastando mi abismo, mi oscuridad, mi sombría e infinita soledad. Pasaste por mi vida como pasan los halcones, veloces, impiadosos, iluminados por su propio fuego.

Pasaste por mi vida como pasan las efímeras mariposas, sutiles, fatalmente bellas y frágiles. Pasaste por mi vida como pasan las tormentas, arrasando, inundando, cubriéndolo todo, quebrando el silencio, incendiando montes y prados, desbordando ríos. Llevándome

a la deriva, como hojas muertas arrastradas por el viento.

Pasaste por mi vida, como pasa la vida, en un instante. Fui eterno en esos segundos de amor. Fui feliz, inmensamente feliz, en ese destello en la oscuridad. Fui un hombre nuevo. Sonreí como un animal que ha sido puesto en libertad. Volé con tus alas, con tu piel. Recorrí senderos maravillosos, caminos poblados de flores, días de sol.

Pasaste por mi vida, con tu efímera vida, pasaste por mi vida, para llevarme a la luz. Y aquí estoy abrazado a la muerte, para que me lleve contigo.

El loco

—Dirán que estoy loco por ti, por tus besos, por tu amor. Dirán que bebo de tus lágrimas, que me llevan tus labios, como a hojas arrastradas por el viento, deja que lo digan —rezaba Emilio, mientras caminaba por los andenes, arrasados por el viento—. Dirán que estoy loco por ti, deja que lo digan, tú sabes que es verdad —se dijo, y sus pasos se perdieron en la multitud.

Soy invisible, pensó, la gente no me ve. Ese perro tampoco me mira, se dijo mientras caminaba con las manos en los bolsillos del gabán, mientras se desplomaba la lluvia, aterido de frio y de pena. Llueve, mi boca diluida fluye buscando el cauce de tu boca, pero solo encuentro un pedregal de olvido, y comprendo que ya no puedo conjugar contigo el verbo fuego.

Soy invisible, la gente no me ve, y llueve, y todo sigue igual, mientras la vida rueda, y tus pasos van por otro camino. Mi alma ruega tu perdón, ruega por tu amor, ruega por tus besos. Ruega que salga el sol. Ese perro no me ladra, ni siquiera me mira, pensó.

Los tacones de Mariel retumbaron en la estación vacía, tan vacía como su alma, aquella lluviosa madrugada. Con los ojos empapados de dolor. Lágrimas confundidas con el cielo cayéndose a pedazos. Gotas que atraviesan la piel y resquebrajan el corazón. Gotas que dejan una amarga sensación de soledad.

Cruzó los andenes partida en mil silencios. El rímel dibujaba en su cara una oscura mueca desesperada. Tanto tiempo perdido, tanto silencio atravesado en la garganta, tanto vacío sin sueños, para qué seguir aferrada a ti, si tu amor es mi muerte, mi dolor... tu piel, mi soledad. Para que seguir amándote, si tu sonrisa está tan lejos de mí.

Mariel había vuelto después de dos años, después de mil años, después de una eternidad. Siguiendo sus instintos, una corazonada, un sueño.

—¿Qué hago aquí? —se preguntó, al tiempo que recorría con la mirada los andenes, buscando a su amor perdido. El viento y la lluvia mojaban su chalina y su vestido perdía ese mundano glamour, su figura de mujer bonita y elegante se desdibujaba en la madrugada tormentosa y atormentada, como su alma.

—Hola Emilio, ¿cómo estás? —le preguntó al borracho que dormía sobre unos cartones en la sala de espera. Apenas reconocible, sucio,

los pelos enredados, la barba descuidada.

Él la miró sin entender, la miró como a un extraño más.

—¿Y vos quién sos? —preguntó el vagabundo, entre tinieblas tan oscuras como su mente.

—Amor, ¿no me reconocés? —dijo ella.

—Soy invisible —dijo Emilio—. No me podés ver. ¿Dónde dejaste el dominó? Aquí no hace tanto frio, pero igual a mí no me importa, porque soy invisible —dijo, y sus ojos se perdieron en un profundo abismo—. ¡Búscame un caballo, que ya no me quedan más alfiles! —gritó y se incorporó, en medio de un nauseabundo olor. Mariel dio dos pasos hacia atrás y se quebró, rompió a llorar desconsolada. Emilio se alejó tambaleante bajo la lluvia.

El temporal continuó arrojando agua y hojas sobre la estación, un frío viento marino congelaba los andenes, y Mariel rogaba, suplicaba, volverse invisible.

La muralla

—¿Para qué volviste? —preguntó Sarita.

—¿Será tal vez porque te amo?

—Eso no es una respuesta —replicó ella—. Esto no va más —y sus ojos se clavaron en los de María Pía, y se borró el miedo y las dudas, y el tiempo, y la soledad.

Creíamos que nunca volveríamos a vernos, y esta tarde estamos juntas. No nos alcanza el tiempo para recuperar el tiempo perdido. No nos alcanza la piel para darnos tanto amor. No nos alcanzan las palabras para decirnos cuanto nos extrañamos. Creíamos que el tiempo no vuelve atrás y esta tarde estamos juntas.

Y la luna las encontró desnudas sangrando amor. Tendidas y derramadas en el final del crepúsculo.

Busco un camino sin este dolor interminable. Busco un camino sin presagios de soledad. Sueño con amarnos por toda la eternidad, sin llanto, sin resignación, en un lugar seguro y cálido, donde morir un día tomada de tu mano.

Y siguieron allí, en esa pequeña habitación, pobre, despojada y suburbana. En esa intrincada villa, en esa inmensa ciudad de corazones perdidos. Del otro lado de la muralla que divide. Infinito muro, a través de esas rocas segregan y temen en forma irracional. Los de un lado, ignoran, condenan, esclavizan. Los del otro lado, sobreviven.

Tus labios y tus manos tienen ese toque extraordinario que enciende y propaga fuegos por toda mi piel. Si tuviera que apagar todas las estrellas, secar los mares, desviar los ríos, convertir buitres en mariposas, si tuviera que nacer de nuevo lo haría, si con eso se termina esta pena, esta triste condena.

Tus labios en mi piel, tus besos estremeciendo mi carne y mi alma. Amor que me quemas y alivias mi dolor, dolor glorioso y sagrado. Desterrado amor que estás en todos lados. Oscuro amor que lo iluminas todo, desde el mismo cielo hasta el fondo de los infiernos. Amor eterno y fugaz, que estallas en mi corazón, y abrazas, y arrasas mi cuerpo tendido en ti. Amor dulce amor que me destrozas la boca con tus tibios besos y me acaricias con tus garras.

—Ahí está la negra que limpia —dijo Santi.

—No grites que te puede oír, y la necesitamos —contestó la blonda

y regordeta señora—, pobre tipa.

—Hola Sara, pase y no haga ruido con la aspiradora, Pía volvió como a las diez de la mañana y está durmiendo.

Esa tarde Sarita volvió a su pieza, mientras María Pía miraba la muralla desde detrás del ventanal, sonriendo al pensar que esa barrera de piedras nunca podría separar sus corazones.

El perfume de la nada

Tanto amor, deseado, extasiado, derramado en una breve eternidad. Tantos sueños entre tú y yo, perdidos en el olvido, en algún rincón del desamor. Vacíos caminamos sin comprender aún lo que perdimos; sin saber de nosotros, cada uno en su propia oscuridad. Cada uno oculto, temblando en el fragor de la nada, levantando y derribando muros, cual escudos de silencio.

Se apagaron las voces, los te quiero, las fogatas ya no arden bajo el temporal, es quizás que tus ojos ya no sostienen el fuego en mi corazón, es como si tu rostro ya no fuera mi única visión. Vacíos caminamos buscando la luz o la muerte, buscándonos sin vernos, aún, estando el uno frente al otro. Miro tu rostro y no te reconozco, leo tus labios y no te entiendo, siento tu voz y no te escucho, camino contigo el mismo sendero, pero sin embargo nos alejamos cual extraños. Siento tu piel ardiendo en mi piel incendiada, pero nos invade un largo y frío invierno. Sonríes cuando nos encontramos, pero por dentro llueven lágrimas, diluvia por la pérdida del paraíso. ¿Qué nos pasó? ¿Dónde duermen hoy los sueños perdidos? ¿Dónde abrevan las sedientas mariposas de tu piel? Qué nos pasó, no somos más que un par de muertos que caminan. En que rincón yace inerte nuestro amor, lápida gris que cubre las cenizas de aquel fuego sagrado. Caricias sangrantes agonizando eternamente. Anodino paisaje nos envuelve con su manto de desolación, intensa desolación corre por las venas de este amor perdido. Sin consuelo, sin sueños, caminamos vacíos de ternura, de fuego, de pasión.

No somos más que dos cuerpos sin alma, palpando a oscuras una vida informe. Olfateando a ciegas el perfume de la nada.

Ironía

El amor es una trampa... Para preservar la especie. Aunque la física no puede explicar porque recordamos el pasado y no el futuro. La física no puede explicar esta nostalgia, no puede explicar porque sueño que aún respiras a mi lado, que entibias aún la cama. La física no puede explicar esta contradicción sin olvido, esta negación.

Tenue tremulación de mi piel, subatómicas partículas vacías, mi cuerpo vacío de tu amor. Química nostálgica en mis terminales sensoriales, tu amor corriendo por mis venas; tormenta oscura en mi cerebro, electromagnetismo, tu amor en mi oscuridad, en este cuerpo oscuro, cargado de electrones oscuros.

Dos puntos en un planeta, dos puntos en el borde de una galaxia perdida en algún extraño universo. Desfasaje espacio temporal. Te extraño aunque la física lo niegue. Te extraño, aunque a veces juego a olvidarte, trampa, a que ya no me importas. Trampa, a veces juego a que murió nuestro amor, trampa, la muerte no existe. Trampa, llevo en mi alma oscura, oscuro luto por tu amor, trampa, trampa, trampa, la muerte no existe, muero un poquito cada día, para revivir el dolor, muero un tanto cada tanto, para revivir el desamor, para revivir el olvido. Trampa, trampa, la muerte no existe. Trampa, soñamos que estamos vivos.

A veces busco ese espacio-tiempo, a veces te encuentro en tu universo, ese otro universo que creamos, en ese otro camino que tomamos. Universo paralelo donde morimos de amor, aunque el amor es una trampa y la muerte no existe. Contradicciones entre el amor y la ciencia. A veces me quedo aquí, en el desamor, respirando oxidado y sin tu piel, herrumbrado sin tus besos, oxidado en un rincón de mi universo. Óxido igual a fuego. A tu fuego.

Vuelvo siempre a eso que la física no puede explicar, vuelvo a ese espacio-tiempo trampa de la memoria, recuerdo, aunque dudo seriamente de estar cuerdo y dudo también de estar vivo. Tal vez sólo fuimos un sueño, una trampa electroquímica, tal vez esta historia sea nada más que un sueño, aunque tus labios me rocen.

El amor es una trampa y llevo los grilletes de tus labios en mi piel. Juego irónico, universo que nos crea indefinidamente, por milenios; rueda del destino, destino fatal que nos creamos. Somos el destino, somos el universo. Pero te extraño tanto; juego irónico y extraño,

sueño que me sueñas, que extiendes tus manos y acaricias mi cuerpo yacente en el limbo. A veces dudo de mi existencia, aunque la muerte no existe, muero por tu amor, trampa, trampa, muero por tus besos, juego en el que jugamos a quemarnos, a soñar que el amor no es una trampa.

Y no me sale la voz

Estoy atrapado en la multitud, en esa fiera maloliente, garras asfixiantes que me rodean, aún así me siento solo, perdido en medio de la nada. Desierto marchito de amor, amor hundido en los arenales del tiempo. Desierto pedregal de olvido. Estoy aquí, rodeado y lejos de tu piel, tiritando de nostalgia. Dagas de hielo caladas de soledad, en mi calado corazón. Camino entre la multitud y todo es espacio vacío, oscuro infinito que desangra el amor de las venas, camino y no veo tu rostro, ni escucho tus latidos, ni siento tu piel. Entre sollozos y gemidos de muertos en vida, camino. Te llamo, te reclamo, y no me sale la voz. Paso un tiempo perdido, inconsciente, adormecido, esperándote, esperando tus caricias redentoras, esperando volver de la muerte, esperando latir contigo, ser feliz una eternidad, un instante, esperando tu amor.

Tal vez un día despierte de este mal sueño. Tal vez un día despierte y todo habrá sido un mal sueño. Tal vez un día bajes del tren, entre el humo y esa fiera maloliente, garras asfixiantes que no podrán atraparte, rodearte en el tumulto. Tal vez un día encuentre tu sonrisa en mi almohada, tu piel en mis manos. Tal vez un día despierte de esta pena que me inunda sin reposo, sin tregua. Dolor que resquebraja este resquebrajado infierno, sin tu amor. Pena que me arrastra por un yermo paisaje. Pena que se burla de mi ilusión de encontrarte en el horizonte, en el borde desolado de mi abismo.

Flores mustias, apretujadas entre fieras malolientes. Paisaje desértico. Tumulto de muertos, que caminan en soledad, perdidos, como yo. Nada en el alma, en las almas, en tu alma. En mi alma, la nada.

La luz del amanecer

Carlos se levantó sigiloso tratando de no despertar a Karina, eran las ocho de una tibia mañana de abril. Luego de un café se vistió con parsimonia, cuidando cada detalle casi obsesivamente, el sol bañaba con sus rayos la catedral al otro lado de la plazoleta. Volvió a la habitación, Karina yacía desparramada ocupando toda la cama, profundamente dormida. Se acercó a ella y besó su frente mientras su corazón se aceleraba, sintió esa sensación de felicidad mezclada con satisfacción, esa oleada de amor, ese naufragio cotidiano y maravilloso. Karina se estiró aún más en la cama, sus pechos como lunas iluminaban aún más la mañana, sus sinuosos caminos, sus valles, su pelo, sus ojos, eran un paisaje tan dulce y atrapante. Hoy abriremos el negocio un rato más tarde, se dijo.

Eres el río donde derramo mi amor, eres la luz del amanecer que despierta mis sentidos. Cuando me rozan tus manos, no importa el universo, no importa si el tiempo se detiene, si el sol no termina de salir, si las gotas de lluvia suben al cielo, si tiemblan ocultos los tigres en la oscuridad. Cuando beso tu boca no importa si camino por el filo de un abismo. Tus manos recorriendo mi cuerpo, piel erizada y en llamas. Tu boca en mi boca, nuestras lenguas chocando desenfrenadas, mañana que arde en los labios. Hoguera que devora todo, resplandor de estrellas que colisionan, estallando en mil partes, para fundirse en una sola. Tu amor talla surcos en mi alma y en mi piel, y el tiempo se detiene.

Hoy abriré el negocio un rato más tarde, pensó, mientras el timbre no dejaba de sonar.

—Son más de las nueve —exclamó la madre de Karina, mientras el hermano miraba a Carlos con cara de pocos amigos.

—No tengo por qué darte explicaciones —contestó Karina, y por su mente pasaban veloces cada uno de los reproches, cada momento de incomprensión, cada rechazo.

Carlos se peino, revisó uno a uno los detalles de su ropa y emprendió escaleras abajo, hasta la puerta del edificio, ya no soportaba a su suegra, ni al resto de la familia. Karina tardó un largo rato en aparecer por el negocio, pero sus ojos aun estaban húmedos por el llanto.

Algún tiempo después se mudaron a otra ciudad, para comenzar

una vida nueva en un lugar donde nadie los conocía, donde nadie los señalara, donde nadie supiera de su historia, de la incomprensión de la familia de Karina, de la segregación, de la discriminación con que los trataban. Paulatinamente fue aliviándose el peso de haber dejado atrás su vida anterior, y esa sensación de dolor y desarraigo.

Con el tiempo Carlos pudo cambiar sus documentos, ahora su nombre es Carlos Pérez, en lugar de Carla Pérez, aunque la discriminación sigue agazapada a la vuelta de cada esquina, él por fin puede ser quien es, un hombre.

Con que poco brilla el sol

Después de tanta soledad, volvimos a encontrarnos. Después de tantos desencuentros, se reavivó ese fuego que jamás se apaga, a pesar del océano de silencio que nos separa.

Nos buscamos como planetas y lunas que se atraen y se orbitan. Magnetismo celestial, estrellas binarias ardiendo, quemando el cielo. Danza piroplástica que termina en colisión. En núcleo de soles fusionados. En mil partes fundidas y unidas. Carne y besos, caricias en el alma y en la piel. Tanto extrañarnos, tanto esperar este momento, este atardecer, este resplandor.

Palabras al fin susurradas. Desierto al fin poblado de amor. Cielo al fin cargado de besos. Lluvia que calma la sed.

Cuanto nos soñamos, con la boca desbocada de ansiedad.

Cada vez que tus labios rozan los míos, despiertan caricias que dormían olvidadas. Cada vez que me sonríes el día restalla en tibia sinfonía. Desaparece la oscuridad del universo. Cada segundo a tu lado, una extraña y esperada sensación de felicidad invade mis sentidos, y me olvido de lo frágil y efímero de ese momento. Y tus pechos como lunas, iluminan el camino que recorro extasiado, precipitado en tus abismos.

Con que poco brilla el sol, apenas una sonrisa tuya, apenas ver tu cara entre la multitud. Un instante de tu boca y todo se vuelve eterno.

Un abrazo, una caricia y todo arde a nuestro alrededor.

Cuantas razones intentan cercarnos, desterrar este amor, esta sin razón, esta eternidad de extrañarnos. Esta necesidad de mirarnos a los ojos, a las bocas. Esta urgencia de sentirnos uno. Esta unidad de nuestras almas. Esta comunión que nos desgarra la piel para fundirnos. Este fuego que revive, segundos antes de rozarnos.

Extraño designio del destino, este eterno regreso.

Te amo tanto, nos dijimos, y el adiós sonó a infierno, a dolor, a tinieblas. Rodaron lágrimas de nostalgia, cavando profundos abismos en tus ojos.

Aún siento tu piel en mis manos, tu aroma de mujer invade cada rincón de mi espíritu. Aun resuena tu voz en mi memoria. Y esa forzada sonrisa del adiós. Aún aúllan tus lágrimas en la estación.

No me digas adiós, es sólo un momento, una pequeña y triste eternidad para extrañarnos. El tiempo es nada más, un destello. Hay

un mañana que fue hoy y es ayer. No me digas adiós, aún brilla una pequeña, ínfima, luz en la inmensidad de la muerte.

No nos digamos adiós, que las heridas siguen abiertas, sangrantes.

No nos digamos adiós, oleadas de luz y sombras arrastran este amor, en eterno naufragio.

Sólo a veces

A veces recuerdo tu sonrisa, a veces recuerdo tu piel, tu cuerpo. A veces recuerdo quien soy, y tu voz suena en mis oídos y en mi alma. A veces te veo caminando hacia mí, hacia mis brazos. A veces el día me muestra otro paisaje, soleado, sin nubes. A veces escucho tu voz en el canto de los pájaros, y de tu mano recorro un sendero de luz. A veces el gris de las cosas se torna en arcoíris, corre una suave brisa, todo es cálido, la oscuridad huye de la habitación, dejando brillar las ventanas. A veces no todo es anodino, a veces no llueve, el frío no cala mis huesos. A veces te siento aquí, en mi vida.

A veces me siento solo, solo, lejos de esta extraña multitud, de este monstruo de mil cabezas, jadeante, incomprensible, mil monstruos de mil cabezas, babeantes, confundidos, ocultos en los rincones más oscuros. A veces no estoy solo, estoy contigo, y siento tu amor intenso, tu fuego quemando el olvido, rompiendo el silencio, quebrando este abismo. A veces tu rostro ahuyenta las tinieblas. A veces las voces no son huecas, las palabras cobran sentido aunque la multitud desaparece.

A veces aúlla la luna, y los lobos tiemblan, reflejados en el agua del río, y la lluvia vuelve a las nubes, y el viento aspira en lugar de soplar.

Hoy los pájaros le tiran a las escopetas, hoy me devora la multitud, ese monstruo, esa manada incoherente que camina por las paredes de mi habitación, y arroja frases que no comprendo. Mis gritos resuenan en los pasillos, grito porque no puedo decirte que te extraño, porque no vienes a buscarme, a rescatarme, grito porque la bestia de mil cabezas también grita, grito porque no estoy solo.

Grito porque hoy no puedo escribirte ni una mísera palabra, grito porque las enfermeras me ataron las mangas del chaleco.

Déjà vu

Él sintió un déjà vu.

Tus ojos, tu sonrisa, tu gesto, tu boca deslizándose hambrienta por mi piel, tus pechos ungidos por mi lengua, nuestros cuerpos temblando, tremulando como hojas en la tormenta, con la piel mojada. Esto ya pasó, se dijo, cuantas veces volvimos, se preguntó, cuantas otras morimos de dolor, cuantas veces nos dijimos adiós.

Hoy te encontré, caminabas por la avenida. Bajo los árboles me sentía una sombra más, allí, esperando que pase la vida y me deje algo, una ilusión, un sueño, algún sendero donde buscarte. Esperando que pase la muerte y me lleve lejos de ti, lejos del puñal de tu sonrisa. Esperando encontrarte y hacer más profunda esta herida, no parar de sangrar rozando tu piel. Esto ya pasó, me dijiste, mientras, tus ojos se perdían en el horizonte de la habitación, mientras mis latidos se detenían y caminaba como un zombi, mientras tus pasos se perdían camino del olvido. Esto ya pasó, ya morimos mil veces, ya lloramos una eternidad del otro lado de la vida, me dijiste, hay muchas piedras en el río, no deberíamos volver al naufragio, y tus manos dibujaban corazones en mi espalda, y mis labios encendían hogueras en tu vientre, y nos hundíamos en el infierno.

Tu voz adormecida sobre mi pecho, tu pelo revuelto en mi cara, mujer que acuno en mis brazos, mientras brotan lágrimas resignadas, camino sin sueños, recorriendo tu cuerpo desesperado, tan desesperado como yo, tan desesperado como el tiempo que paso sin verte. Para qué tanto dolor, me preguntaste mientras lamías mis heridas. Para qué morir cada vez, me pregunté, mientras caminabas sobre mi tumba. Para qué estar juntos, nos preguntábamos, mientras nos amábamos como si no hubiese mañana. Tendidos sobre la cama destendida, ardíamos como si no hubiese un mañana. Tu cuerpo era un río furioso, y yo a la deriva. Tus pechos dos lunas, y yo un lobo aullando.

Tus pasos se perdían en la avenida, y yo perdido entre las sombras, hundido como una sombra más, tus ojos llenos de sombras, tus ojos en mi memoria, en el camino silencioso del destierro. Tus ojos buscando los míos entre la gente, en la madrugada, mis brazos apretando tu cintura entre la gente, en la estación. Tus besos quemándome la boca, aliviando el dolor.

Esto ya pasó, se dijeron.

El puente

Él era sólo un recuerdo en su memoria, llagas en el alma, cenizas de aquel fuego sagrado en la piel, río oscuro, noche eterna, río que arrastra piedras por el fondo de los corazones... Aguas rojas, correntada de sangre estancada y doliente, amor perdido en el tiempo. Esa noche, como todas las noches, pensó en él, pensó en morir y acabar con ese dolor inmenso. Esa noche de lluvia furiosa, ese vendaval que azotaba el alma, esos postigos que golpeaban impíos, las gotas perforando sus sentidos, su piel, su vida. Entre tinieblas su corazón, marcha errante, confundido, aferrado a la nada... Su corazón cual barca que naufraga, para hundirse en el olvido... Escondido corazón, en un rincón del miedo, latiendo recuerdos, sin aliento, sin mañana, en el mar del desamor... Desangrado de amor, corazón tiritando tras un fuego lejano, infinitamente lejano.

Helena marcha por las calles empapadas, arrasadas por el viento del olvido, con su recuerdo atravesando la piel, marcha en silencio con el alma desgarrada. Impiadosas agujas de lluvia acuchillando sus parpados... Ojos que buscan un sol escondido en antiguos besos, piel sedienta que busca su boca y sus manos para beberlas de un trago. En tinieblas su corazón, ella camina bajo la tormenta, sin rumbo, sin sentido, buscando un amor ya perdido, irremediablemente perdido, como sus pasos, perdidos entre las sombras de aquel pasado.

Jacobo, su marido, la busca desesperado, con su auto recorre las calles desiertas, inundadas de dudas. Helena es un fantasma errante, Helena también desespera, sus ojos también son lluvia, su mente, tormenta furiosa que agita penas. Sus pasos la llevan al puente, su alma también busca el puente, ese puente plateado que conecta con el otro lado.

Jacobo detiene el auto, Helena solo es un cuerpo que el agua lleva.

Cazador de almas

Marina volvió a su casa al atardecer, encendió el fuego en la chimenea de la sala y se recostó sobre el sillón mirando consumirse hojas muertas y maderas en la hoguera, mirando a través del fuego, buscando ese rostro en su memoria, llorando un llanto sin lágrimas. Cada noche moría de dolor, preguntándose porqué esta condena, porqué despertar cada amanecer sin su sonrisa, sin sus caricias, porqué caminar sin razón, cruzar eternas oscuridades, para que vivir sin él. Miraba el fuego y recordaba otros fuegos crepitando en su alma, otros fuegos quemándole la piel. Dónde estás, pensó y su mente se llenó de incertidumbre. Él partió un día, abordó el tren sin decir adiós, no le gustaban las despedidas. Dónde estás, se preguntó ella y el muro de silencio se elevó hasta el infinito. Y sus manos heladas agitaban las cenizas de ese amor, caído y olvidado como un ángel del infierno. El fuego calcinando la marchita hojarasca del recuerdo, quemando la huella del amor en su piel. Si la muerte fuese el camino, pensó, si muerta pudiera olvidarte, moriría mil veces, pensó mientras soñaba entre tinieblas. Eres la luz del día que entibia esta negra escarcha, pensó, si pudiera dejar atrás el dolor, dejar aquí el cuerpo y el alma, pactar con el diablo, partir una tarde vacía de recuerdos, vacía de amor, sin llanto y sin sueños, pensó, mientras soñaba con volverlo a ver, sin saber de aquel accidente, sin saber que Alberto había muerto una noche en la carretera.

Y se quedó allí cerca del fuego rogando su perdón, rogando por su amor, rogando por sus besos, rogando que salga el sol, rogando que deje de llover.

Dicen que un día ella también tomo el tren, dicen otros que murió allí entre las cenizas de esa hoguera, dicen que no se fue, que pactó con el diablo una madrugada fría. Dicen que de noche se convierte en bruja, en demonio, en bestia.

Pero lo cierto es que por las noches, un ave rapaz sobrevuela los techos, los caminos, los montes, cazando almas errantes, buscando a su amado, perdido en el limbo de los que sufren la pena eterna de no poder volver, ni siquiera reencarnando.

El camalote

A orillas del Iguazú la joven Pepyrí conoció a Igatá, un cazador de otra comunidad. La misma mañana en que se conocieron se enamoraron irremediablemente y se juraron perpetuo amor. Pasaban los días juntos recorriendo senderos a orillas de las cataratas, amándose, contemplándose, sentían una especie de adoración el uno por el otro, un amor inmenso los unía.

Un día Igatá tuvo que partir a luchar por su gente contra un enemigo nuevo, que invadía con armas desconocidas y poderosas. Pepyrí intentó convencerlo para que no marche a la guerra, pero el joven no podía eludir el combate, por lo tanto se despidieron entre llantos y promesas, con sus almas destrozadas por la separación y la incertidumbre. A orillas del río Paraná, se despidieron entre sollozos y promesas, en medio de una gran tristeza. Lo vio alejarse río abajo, río abajo marchaba el amor, río abajo, a un futuro incierto.

Las aguas jamás traerían de vuelta a su enamorado. Igatá, el cazador, perdió la vida a manos de sus enemigos, sangre derramada en territorio hostil, lejano. Sus ojos abiertos, como buscando los ojos de Pepyrí, los puños apretados intentando aferrarse a las manos de su amada.

La guerra y el río se llevaron para siempre a su amor, el amor de su vida. Dicen los *Mbyá* que la joven lloró día y noche la muerte de Igatá, lloró durante meses. Cada mañana se sentaba en la orilla mirando el horizonte, soñando convertirse en *Mbiguá* y volar río abajo en busca de su alma gemela, soñando ser una garza y batir sus alas y elevarse al infinito y encontrar a Igatá en el cielo de Ñanderhú.

Y una noche, cansada de llorar, Pepyrí se arrojó a las aguas y se dejó llevar río abajo y sus lágrimas se mezclaron con el río, su piel se extendió sobre la corriente y poco a poco Pepyrí se volvió verde, se volvió vegetal y entonces pasó a formar parte de la naturaleza, por voluntad de Tupá, Dios de las Aguas. Así nació un día el camalote.

Irupé

Irupé y Jepoý se amaban profundamente. Jepoý era un buen cazador y valiente guerrero, que solía descollar en todas las batallas, jamás retrocedía y siempre enfrentaba a sus enemigos por numerosos que fueran. Su bella enamorada lo esperaba siempre muy angustiada, tras cada incursión de caza, o tras cada batalla librada contra el enemigo, del otro lado del río. Irupé temía por la suerte de Jepoý, temía las flechas y lanzas del enemigo, y por las garras de pumas y jaguaretés. Cada vez que su amado partía, ella invocaba a Ñanderhú Pa Patenondé, rogando que proteja a Jepoý, rogaba a Tupá, a Karaí, a cada dios y deidad protectora. Por las tardes lo esperaba al borde del sendero, recorría el trillo de punta a punta, impaciente, ansiosa. Se sentaba a la vera del Paraná esperando verlo aparecer en la otra orilla, volviendo de la batalla.

Un anochecer Jepoý surgió del cañaveral en la otra orilla, Irupé lo vio ensangrentado, doliente, fatalmente herido, el valiente guerrero. Las lágrimas de Irupé brotaron a raudales, sus lágrimas eran flechas en el corazón. Se retorcía del dolor de ver a su enamorado intentando en vano volver a casa. Intentando desesperadamente cruzar el río. El Paraná y el guerrero se confundían, se fundían, sangre y correntada. Los brazos exhaustos de Jepoý ya no pudieron abrazar las aguas, su alma ya no pudo avanzar, no pudo cruzar el Paraná por centésima vez, por milésima vez.

Descansó el valiente cazador, acunado en el lecho profundo. En un arenal de flechas y garras. En una oscura riada, *bermelha* riada que se lleva los amores, los sueños, las caricias y los truncos besos, marchitos y perdidos. Oscuro naufragio de Irupé, en su barca sin remos ni timón, tristeza a la deriva, río abajo, lamento de la selva que deshoja mariposas. Naufragó Irupé en lo profundo, tratando de salvar a su enamorado.

Unidos en el lecho del río, sus cuerpos enredados en amoroso abrazo produjeron el nacimiento de una nueva especie de planta acuática, sus flores llevan el rojo de la sangre del guerrero y la blanca palidez de la bella Irupé.

Panambí

Panambí atraviesa el tiempo con sus alas de mariposa, lleva en ellas sus ojos, sus oscuros ojos, reflejados en las escamas, sus ojos, destellos tornasolados, azul profundo, negro abismo. Dama del aire que recorre la floresta, abrevando del agua de los charcos y de las piedras, al costado de alguna cascada. Su hermosura captura y seduce a todos. Su fragilidad y su fugaz vuelo, la convierten en objeto de adoración.

¿Dónde van las mariposas los días de lluvia? ¿Las frías noches de invierno? ¿Dónde las lleva el viento huracanado que desata una tormenta? ¿En qué recóndito lugar del cielo duermen, cuando la tierra es un infierno? ¿De qué lágrimas beben los días de tristeza?

Panambí, alguna vez fue de carne y hueso. Alguna vez no fue bella y frágil. Alguna vez, algunos se burlaron de su aspecto. Alguna vez, la apartaron de la aldea, la rechazaron por su aspecto, por sus defectos físicos, por su fealdad aparente. Alguna vez vivió aislada, en el corazón de la selva. Alguna vez su corazón se enfermó de soledad y lloró de tristeza.

Entonces un día decidió poner fin a tanto dolor, a tanto sufrimiento, a tanto desamor. La joven Panambí caminó hasta el río, donde se parte la tierra, donde las aguas se precipitan en cascadas y saltos infinitos. Allí donde las aguas se convierten en Y-guazú.

Entonces se arrojó desde lo alto, con los brazos abiertos, con el llanto en los ojos, con un nudo de contrariedad en su alma pura y transparente. Fue en ese instante que dejo de ser oruga, para convertirse en bella mariposa. Azul brillante. Tornasolada. Subyugante. Eterna y hermosa criatura. Ñanderhú no permitió que se quite la vida. En ese instante en que se precipitó, la convirtió en mariposa.

Alguna vez Panambí, fue de carne y hueso. Hoy es de rayos de luna y fulgor de estrellas fugaces.

Urutaú

El canto triste del Urutaú quiebra el silencio, resuena en el monte dormido. Más que un trino es una canción melancólica que habla de un dolor milenario, un ruego de amor, una especie de sollozo del inframundo. Fantasma errante, hombre pájaro, dolorosa simbiosis. Antigua historia de amor y muerte.

El hombre pájaro sobrevuela la selva, estremece los corazones con su triste melodía. Cuenta el mito que Urutaú fue un joven valiente, que una oscura tragedia se llevó a su amada al cielo lejano. En algún punto cardinal del cielo de Ñanderhú, una estrella rodeada de una nostálgica bruma late triste, solloza por el frustrado amor. Las lágrimas de Yateí, la estrella oscura, fluyen caudalosas, teñidas de sangre, atravesadas por espinas.

—Amada mía, aquí estoy esperando la muerte —canta Urutaú— esperando un mal rayo. Entre espíritus dolientes. Estoy aquí llorando tu partida, sin consuelo ni tregua, mi alma trémula a la vera del río —solloza el fantasma emplumado—. De qué me sirven las alas si no puedo volar hasta tus brazos —repite en cada trino, en cada voz de dolor—. Yace triste el monte, pues tus pasos ya no recorren los senderos. Soy la sombra de una inmensa pena, soy el eco de un dolor —se escucha en cada rincón del monte—. Un dolor que no pasa, y recorre mis venas inundando de soledad mi quebrado corazón, —dice en su lamento—, cada momento de mi vida, cada rincón de este gris infierno —repite una y otra vez—. Tu efímera vida fue para mí un instante de gloria.

» Pueblan la selva bandadas de pájaros y sus trinos retumban en el hueco que fue una vez mi corazón —clama—. Trinos de pájaros alegres que invaden el mundo que nos dio Ñanderhú. En cambio, yo paso el día callado y triste, maldiciendo el sol, oculto en mi propio abismo, —reclama su trino—, espero la noche para mirar el cielo, para buscarte allá en lo alto, amada mía. Para llamarte entre sollozos —y su lamento se multiplica en la selva adormecida—. A veces se alivia mi pena, a veces, cuando llueve, tus lágrimas empapan mi alma y mi piel. En cada gota veo tus ojos reflejados. Por eso maldigo el sol, maldigo el viento que se lleva las nubes, maldigo esta infinita pena, esta absurda existencia, maldita mi vida, éste dolor que no pasa —dice Urutaú—. Llorarte hasta quedar sin lágrimas, llamarte hasta quedarme

sin aliento es mi destino, el destino del pájaro más triste —nos cuenta este espíritu atormentado—. Mi destino es reencarnar cada vez en el mismo animal emplumado, en la misma alma errante.

Alfonsina

Y una tarde sentiste toda la gravedad del universo oprimiéndote. Aquella tarde caminaste sin rumbo, cruzando calles, rostros, corazones perdidos como el tuyo, perdidos cual pájaros temerosos. Con el alma hundida en la desolación. Surcos profundos de lágrimas en tus mejillas. Aquella tarde caminaste a la deriva, buscando un remanso, un poco de luz, buscando un poco de olvido, que apague esa llama quemando en tu alma. Ese fuego, antes glorioso, inextinguible, ahora, insoportablemente doloroso.

Oscuro laberinto donde se pierden tus pasos, detrás de un sueño esquivo, detrás de un amor sagrado. Bestia mítica, inalcanzable horda de besos, de caricias en llamas. Detrás de una infinitud de "te quiero", corren tus pies. Tu voz reclama entre tinieblas, suplica, un poco de amor, de aquel amor que alguna vez resquebrajó tu corazón. De aquel amor, de incendios abrazadores de melancolías. De aquel amor que mataba tristezas y desterraba soledades. Pasos perdidos entre sombras y olvidos.

Aquella tarde caminaste entre dos infiernos. Tus huellas perdidas en la arena, a orillas del mar, orillando amor y muerte. Un volar de aves oscuras, un cielo de nubes negras. Tus sentimientos a la deriva, llevados mar adentro por un temporal de desamor. Arena del tiempo, sus caricias en tu memoria. Arena en tu corazón que sangra. Arena y besos, infinito arenal de olvido. Marejada impía que golpea sin tregua. Tormenta de arena en tu mente, en tu piel, en tu vida. Cuánto dolor arrastra tu alma, cuánto fuego arrasa tu piel, cuánto fuego quema tus manos. Cuántos sueños a la deriva te quitan el sueño. Cuántas espinas y ninguna rosa. Cuánto amor perdido, derramado, desangrado hasta la última gota.

Oscuro designio te guiaba. Cuánto dolor, cuánta soledad, cuánto desamor, te sobrevolaron, te llevaron a algún lugar en el cielo de quienes aman demasiado. ¿Cuánto amor es demasiado? Cuánta tristeza, cuántas lágrimas, cuánta soledad. Te descerrajó el viento mil balas de arena, mil espinas de sal, mil años de soledad.

Caminé mil veces tras tus pasos, mil veces por la orilla de tu oscuro universo, tan insondable, tan intrincado como tu laberinto. Mil veces me acosaron tus lágrimas, tu pena. Mil veces vi tus ojos en lo profundo, tus labios en medio de la tormenta, y esa bestia mítica que

te arrastró mar adentro.

De amor y muerte

El disparo sonó a cañonazo y la bandada de pájaros salió huyendo espantada bajo una intensa llovizna, aquella tarde gris y calurosa, al tiempo que Anastasio gritaba:

—¡Llegó tu hora maldito bastardo!

Jacinto cayó herido de muerte entre las tumbas, su sangre se diluía con la llovizna y comenzaba a escurrirse hacia el centro de la tierra, al fondo de aquel abismo devorador de almas. En tanto el perfume de flores mustias se mezclaba con el aroma de la tierra mojada y ese nauseabundo olor de la carne en descomposición, ese olor a muerte que inundaba el cementerio de La Piedad.

—¡El infierno te espera! —gritó Anastasio—. ¡Inmundo asesino, el infierno abre sus fauces para tragarte! —volvió a gritar entre lágrimas de alivio. Con ese disparo vengaba al fin la muerte de Jandira a manos de Jacinto.

Quince años atrás, Jandira y Anastasio se conocieron en el malecón de La Habana, allí nació ese inmenso amor que los unió para siempre, al tiempo que ella soportaba una pésima relación con su esposo Jacinto. Él terminó asesinándola una noche de abril en el jardín de la vieja casona en La Habana vieja, bajo el terrible cielo del Caribe, en medio de la tormenta que derramaba una intensa lluvia sobre sus almas en conflicto.

Luego de trece años Jacinto quedó libre y comenzó a visitar tres veces por semana el nicho de Jandira. Fue así que Anastasio lo descubrió una tarde cuando caminaba desde la tumba de su madre hacia el nicho de Jandira. Por cuestión de segundos no se toparon en aquella encrucijada en un rincón del campo santo, pero ese fue el principio del fin de ésta historia.

Anastasio lo esperó entonces aquella tarde bajo la llovizna, revolver en mano, detrás de una cripta. Era la hora señalada para cerrar viejas heridas y saldar esa deuda infame. En tanto pasaban por su mente, una larga caravana de recuerdos; todos aquellos momentos de felicidad, de intensa pasión, los besos, las caricias, aquellas noches de amor y locura.

Ay, amor mío
Que terriblemente absurdo

Estar vivo
Sin el alma de tu cuerpo
Sin tu latido
Sin tu latido

Luis Eduardo Aute

Anastasio estaba seguro que, con el paso de eones, la muerte misma también moriría, y entonces Jandira y él volverían a ser de carne y hueso… Junto al nicho de su amada, dejó un manojillo de flores, se llevó el revolver al corazón… Y el segundo disparo de la tarde también sonó a cañonazo.

¿Dónde estabas?

Camila: —El fragor de los fusiles, las balas quemando la carne con fuego ruin, el estampido de las armas acribillando el silencio de la tarde, las aves huyendo temerosas. Tus alas de pájaro quebradas por el plomo. ¿Qué le ocurrió al universo que prefiere el dolor al amor? ¿Qué le ocurre? ¿Qué le pasa al mundo que los hombres matan en nombre de un Dios despiadado? ¿Dónde está tu Dios, ése Dios, ahora, Ladislao?

Ladislao: —¿Dónde estabas Dios cuando el pelotón jaló de sus gatillos? Cuando las balas perforaban nuestros corazones, cuando el monstruo clavó sus garras. ¿Dónde estabas Dios cuando los hombres decidieron acabar con tu mayor creación? El amor, porque no hay nada más cierto, nada mayor que el amor. ¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?

Camila: —Ni la fría muerte pudo apagar este ardor, esta pasión que aún fulgura entre raíces y piedras, amor infinito que derribó todas las puertas, todos los prejuicios. Amor que pulsa desde el fondo de éste abismo.

Ladislao: —Reseca muerte que no puede quitar la humedad de tus besos en mi piel, ni la huella de tus caricias. Reseca muerte, que no puede matar la memoria, pues aún te recuerdo con la misma intensidad de cada instante que vivimos juntos, de cada maravilloso momento de amor. Aún puedo tomar tu mano entre estas fosas; veo tu rostro iluminando la oscuridad del abismo que nos contiene. Puedo ver tu tocado de raíces y semillas adormecidas, latentes. Escucho tu voz susurrando entre flores marchitas, retumbando entre las tumbas.

Camila O'Gorman y Ladislao Gutierrez murieron fusilados el 18 de junio de 1848 por orden del régimen de Juan Manuel de Rosas y en complicidad con el clero. La historia oficial se empeñó en ocultar los crímenes durante un siglo. Ladislao era sacerdote católico, Camila una joven de la alta sociedad. Huyeron a la ciudad de Goya, provincia de Corrientes, donde fueron detenidos.

La última nota escrita por Ladislao decía “No nos permiten vivir unidos en la tierra, mas nos uniremos eternamente en el cielo”.

Ésta fue tal vez la historia de amor más trágica e injusta de entonces, pues su único delito fue amarse por sobre todos los prejuicios, por sobre toda hipocresía. El tercer crimen, tal vez el peor

fue el del hijo de Camila que llevaba seis meses en su vientre.

Ladislao: —¿Dónde estabas Dios? ¿Dónde estabas?

Crónica de un amor en guerra

Mariano: —Me enamoré de ti el día que vi tu retrato en una joyería, entonces, te busqué calle por calle, casa por casa, y un día te encontré, amor mío, caminabas vestida de azul, entre flores y rayos de luz en los jardines del Alto Perú.

Así nació éste amor, íbamos solos y perdidos por la vida, transitando entre las revoluciones de América del Sur, y el destino nos unió, y aquí estamos, ardiendo en la hoguera de este amor.

Navego en medio de un mar revuelto, aguas turbulentas en las que es incierto mi destino, entre conflictos libertarios y mundanos, camino de un puerto lejano y oscuro. Y esta tristeza que me sume en una inmensa pena, pena de estar tan lejos de ti, amada mía, mi gran amor, mi único amor, tan lejos de tu piel, de tu boca, de tu inmensa ternura, estoy aquí, en medio de la nada, inmensidad que me envenena gota a gota, marejada desierta, lejos, estoy muy lejos de tus besos. En medio de una tormenta de recuerdos.

Guadalupe: —¿Acaso no deberíamos transgredir las leyes de Dios para estar juntos, para encontrarnos? Por ti sería capaz de cruzar la eternidad y reencontrarte en un mundo nuevo, en un universo extraño, en una paradoja de la reencarnación, en una de las bifurcaciones del destino, en otra vida en algún universo paralelo. Y así, derrotar a la muerte.

Mariano Moreno falleció a bordo del barco ingles *The Fama*, el cuatro de marzo de 1811, en viaje de Buenos Aires a Londres, envenenado por sus adversarios políticos de la alta sociedad. Atrás quedaron los años de lucha contra el imperio Español, su hijo y su amada Guadalupe Cuenca.

“Mi querido Moreno, haz que nos lleven a Londres contigo, no te olvides de nosotros, te amo más allá del tiempo y la distancia”, reza la última carta escrita por Guadalupe antes de enterarse de la muerte de Mariano Moreno.

Voy hacia ti

La muerte es el camino y he de morir mil veces para encontrarte en mil vidas. Voy hacia ti hundida en frías aguas, teñidas con tu sangre derramada en batalla, en mil batallas. Voy hacia ti ahogada en lágrimas, en lo profundo del río se agita mi alma, entre restos de barcos abatidos por mil cañones, naves condenadas al olvido. Restos de naufragios y amores perdidos, fragores de batallas estancadas en lodoso lecho donde yacen las almas perdidas. Voy hacia ti.

Aquella tarde, tormentosa y destemplada, Elisa se calzó su vestido blanco, atravesó el jardín de la casa frente al río y se internó en las aguas hasta perderse en el horizonte. Comenzaba así la leyenda del fantasma de Elisa Brown, vestida de novia flotando sobre las aguas del Río de la Plata. Más de un año atrás ella se enteraba que su prometido, el Capitán Francis Drummond había muerto a bordo del buque de guerra “República”, luego de ser herido por marinos brasileros.

Elisa, hija de Guillermo Brown, entró en una profunda depresión y se suicidó en junio de 1828.

Mis manos heladas agitan las cenizas de éste trágico amor, amor eterno, hurgo entre rojizas aguas, al filo del abismo van mis pasos tras tu sombra.

Hay un fuego que calcina la marchita hojarasca del recuerdo, fuego que no logra borrar la huella de tu boca en mi piel. Lágrimas que desbordan el río, miradas ciegas, pena eterna. Voy hacia ti.

Entre espinas y flores

Nada más bello que tu boca en mi boca, nada más hermoso que tu desnudes, María Bonita. Nada más lindo que el susurro de tu voz. Nada más arrasador que tu fuego. Y este amor iluminando el *Sertão*, arrojando luz sobre las tinieblas de cada batalla, resquebrajando la nostalgia de un mundo cada vez más hundido en la injusticia y el desamor.

A veces el fragor de la batalla nos separa, a veces en medio de la balacera no recuerdo que te pertenezco, no recuerdo que el plomo abrió una herida en tu espalda. Aquella vez que el camino se bifurcaba y tú estirabas la mano para alcanzarme, y yo te abracé para que la parca pierda la partida; nada puede contra éste amor. Aún si nos arrojan uno de cada lado del mundo, seguiríamos siendo uno, amada mía, María Bonita, alma gemela, juntos por toda la eternidad.

En ésta vida nos toca vivir a lomos de nuestros caballos, dormir entre espinos, amarnos bajo las estrellas. Siempre en batalla, siempre *Fora da Ley*, siempre unidos y con el deseo a flor de piel. Tal vez ésta sea una forma rara, nada parecido a otros amores, esos amores rutinarios y anodinos. Aferrados soportamos las tormentas, la lluvia de balas, el aire cargado del humo de fusiles. Nos llaman locos, suicidas, dicen que no merece la pena vivir peregrinando entre sangre y fuego. Pues sí estamos locos, locos de amor, estoy loco por ti. Nos amamos desde el otro lado del tiempo y con todos nuestros tremendos errores, defectos y temores, con éste tumultuoso amor entre humo y metralla, al filo de la muerte. Estúpido amor inconsciente y enfermo; amor de locos y apasionados. Jamás pensamos en mañana, la vida es éste instante, y se escurre como arena en las manos. No pensamos en la muerte, ella vendrá un día por nosotros, vendrá por todos, mientras tanto amémonos *Fora da Ley*.

La vida es un destello en la oscuridad, un instante en la eternidad. Quizás mañana el destino nos alcance en medio de un trillo, en una celada; pero tú y yo escribimos todo un capítulo del Libro de los Muertos de Amor, y el epílogo del Libro de los Amores Perdidos. Entre espinas y flores, entre besos y balas.

Lampião, el más famoso bandido rural de Brasil, jefe de una cuadrilla de forajidos bastante numerosa, terminó ocupando un importante lugar en la historia, junto a María Gomes –María Bonita–,

ambos muertos por una partida policial de unos 200 uniformados fuertemente armados, en la gruta de Angico, en Sergipe (nordeste brasilero), en 1938. Luego ambos se convirtieron en iconos de la cultura, en marca de ropa, nombre de comercios, y demás.

Si exploramos las razones de su paso a la clandestinidad, encontraremos la extrema pobreza del nordeste; encontraremos la "civilización blanca" costera xenófoba que tildaba de sub-razas a los sertanejos (habitantes de la estepa), criollos, mulatos y quilombolos (descendientes de esclavos africanos).

Tal fue la capacidad táctica y estratégica de Lampião que en 1930 se consideró la posible división del estado de Pernambuco para nombrarlo gobernador del *Sertão*.

Sus cabezas tenían precio y fueron cortadas, embalsamadas y expuestas como trofeo durante meses, luego depositadas en un instituto, fueron enterradas recién 24 años más tarde.

Virgulino Ferreira –Lampião– y su banda compuesta de hombres y mujeres fueron catalogados por las crónicas de la época como "Los Guerreros del Sol".

Bandidos rurales,
difíciles de atrapar…
Bandidos rurales
fuera de la ley…
fuera de la ley…

Leon Gieco

Morí contigo *meu amor*

A lomos de su caballo, Pancho Ramírez cabalgaba desenfrenado procurando salvar a su amor, la Delfina, ése amor eterno y absoluto que lo llevaría a la muerte. Pancho moriría joven, como mueren los héroes preferidos de los dioses.

Luego de la batalla donde había sido capturada la Delfina, él volvió para rescatarla, solo contra el batallón, solo contra el mundo, aún a sabiendas que no saldría vivo en ése acto de amor sublime, amor inmenso que prevaleció sobre la más oscura ambición humana, trascendiendo por sobre toda sinrazón, por sobre todo egoísmo.

El primer sablazo destrozó el hombro de su antiguo aliado, ahora tornado en enemigo, Estanislao López, pero no alcanzó para torcer el destino, ni para vencer a todo un batallón, su última batalla era inexorable.

Con su muerte se elevó sobre la locura de la guerra. El caudillo popular, el guerrero de la independencia, el mayor estratega, volvió sobre sus pasos para salvar a su amada, impulsado por ése amor infinito, y lo logró, pero a costa de su propia vida. Ramírez y la Delfina cruzaron todos los límites. Derrotando todos los prejuicios.

Se amaron en improvisados campamentos, dando sustento a un lazo indestructible, por encima del fuego de los cañones y los sablazos, en medio de triunfos y traiciones políticas. Pancho encontró la muerte a manos de un centenar de enemigos, la muerte más romántica de la historia de la independencia.

Las balas ardían en su pecho mientras los seis cazadores de la Secta del Olvido rondaban intentando borrar el amor de su memoria. Con el último balazo, en su último aliento, Pancho se preguntó, porque cantaban tan alto los pájaros de fuego.

La Delfina volvió a todo galope. Había logrado escapar, pero volvía en busca de Ramírez, rogando porque su caballo corriera tan veloz como una estrella fugaz. Pero su amado yacía en medio del pajonal, ensangrentado, sin signos de vida. Los seis cazadores grises ya no estaban, se habían ido, derrotados por ése sentimiento, ése amor que aún envolvía al caudillo y la tropa se había retirado. Delfina saltó de su caballo y corrió a abrazarlo.

—Que sólo sea una pesadilla, un mal sueño —rogó, mientras sollozaba bajo la lluvia, abrazada al cuerpo inerte de Pancho Ramírez

en ese pastizal, ahora convertido en frío páramo.

La Delfina sobrevivió dieciocho años tras la muerte de Pancho, en su casa del pueblo, donde nació el caudillo. Se volvió ermitaña y salía sólo para hacer lo imprescindible. Tallada con sus propias manos una madera fijada al dintel de la puerta aún reza “El amor es la única batalla que podemos ganar aun muriendo en el intento”.

Anne Bonny & Mary Read

La mítica Boon –Anne Bonny– es uno de los mayores íconos del siglo XVIII, feminista, revolucionaria, libre pensadora, *outsider* y pirata irlandesa, hija del juez William Cormak y su amante Mery Brennan. Creció en Charleston, Carolina del Sur, en el extenso latifundio de su padre, quien le proporciono un alto nivel educativo, cuestión esta que influyó profundamente en su naturaleza rebelde. Abjuró de la cultura machista y opresora que reducía a las mujeres al rol de madres y amas de casa.

Tras varios enfrentamientos con su padre, un día abandono Charleston luego de casarse con James Bonny en secreto, cuando tenía 16 años. Se establecieron en el Caribe, en la isla New Providence, convertida en república pirata, que tuvo dos reyes piratas.

Su carácter extraordinariamente fuerte, sus modales refinados y su belleza arrasadora, la convirtieron rápidamente en celebridad. Las prolongadas ausencias de James le posibilitaron enredarse en varios romances con mujeres y hombres. Un día conoció al capitán Jack Rackham, con quien partió una tarde en su barco de New Providence en búsqueda de naves mercantes a quienes abordar y saquear, enamorada de Calico Jack –así le decían a Rackham–, atrás quedaron su esposo James Bonny, Eleanor Guthier –una bella rubia inglesa–, Charles Vane –el sangriento capitán–, varias amantes y la hermosa mulata llamada Max.

En un abordaje a un navío inglés capturaron a varios marineros, entre ellos a Mark, un bellísimo marino que le robó inmediatamente el corazón, en la primera aproximación Anne descubrió que Mark era en realidad Mary Read, una inglesa que se ganaba la vida vestida como hombre. Nació entre ellas un apasionado romance, un amor eterno que las unió para siempre, aunque compartían trío con Jack Rackham.

En vísperas de una batalla en la que participaron varios buques piratas contra la armada inglesa mantuvo un efímero romance con Edward Teach –el legendario Barba Negra–.

En un confuso episodio se apoderaron, junto con Jack y Mary Read, del mayor tesoro del caribe tras cañonear en sociedad con otros capitanes, al Urca de Lima, navío español fuertemente armado y portador de unos cinco millones de dólares en monedas de oro, tras naufragar en una pequeña bahía de las Caiman. El tesoro fue a parar

al fuerte que custodiaba la entrada a la caleta de Nasau, New Providence, donde terminó pasando de mano en mano, provocando innumerables conflictos entre los duros capitanes piratas y el rey de la isla y su sucesor.

La última batalla

En una nueva y riesgosa incursión fueron sorprendidos en altamar por la marina inglesa. Sólo Anne Bonny y Mary Read opusieron una feroz resistencia a sangre y fuego, en tanto que Rackham y sus hombres reaccionaron mal y tarde, debido a una borrachera generalizada.

Vencidos y apresados fueron juzgados en Londres, Rackham fue ahorcado, no sin que antes Anne le dijera “Si hubieses luchado como hombre hoy no te colgarían como perro”.

Anne y Mary alegaron estar embarazadas y se les perdonó la vida. Dos meses después Anne fue liberada en secreto gracias a la influencia de su padre, ahora Gobernador de Carolina del Sur. Mary Read desapareció misteriosamente de prisión unos días después, un rumor sostuvo que había sido asesinada por otras detenidas, que habría muerto por la fiebre que le causaron las heridas recibidas; pero lo cierto es que la misma mano que liberó a Anne, pagó también por la libertad de Mary.

Ambas volvieron a Carolina del Sur, Anne se volvió a casar con un terrateniente con el que tuvo ocho hijos y falleció a los 84 años. Mary Read falleció a los 66 tras convivir todo el tiempo en la misma hacienda y en la misma casa que Anne.

Anne y Mary permanecieron unidas desde el día que se conocieron, hasta su muerte. Ambas enterradas una al lado de la otra en un recodo del camino en la hacienda. Entre las dos tumbas perdura una placa de bronce que reza “Anne y Mary unidas en la eternidad”.

Naufragio

Restos del naufragio. Tus besos perdidos mar adentro, tus caricias arrastradas por la marea, el recuerdo de tu boca tremolando en mi piel. Restos del naufragio. Sabanas rotas cual velamen de un antiguo navío, un te quiero olvidado a sotavento, tus ojos ocultos en la borrasca. Restos del naufragio. Este intenso frio, este vendaval en mi memoria, este amor perdido en el horizonte lejano. Restos del naufragio. Este oscuro islote, esta lluvia furiosa en mis espaldas, esta negra tempestad.

Hace tanto frio y me siento desnudo de tu amor, de tu amor siento la nada.

Intento encender una hoguera, un fuego sagrado, pero las maderas que flotan en la playa, no encienden, están empapadas de tristeza. Un intenso silencio me acorrala en la oscuridad, ni siquiera el rugido del mar se interpone. Mientras flotan oscuras aves en el cielo cargado de nubarrones, las maderas del naufragio clavan mil astillas en mi alma. Tengo mucho frio y la soledad me lleva con la marejada de tu olvido.

Busco un yesquero, un te quiero, tu calor, algo que me quite este tembladeral del alma. Aún late mi corazón mar adentro, en la tormenta aún navega, lejos de mi cuerpo tendido en la arena. Mis ojos buscan tu rostro, tus manos, tu piel, y no encuentran más que orillas desiertas, dunas muertas, flores infectadas de dolorosas espinas.

Mi cuerpo temblando, mi alma en cueros, a orillas del mar, a orillas de la vida.

Busco tu rostro en el horizonte, pero nada más vuelan aves negras, con alas de olvido.

Bitácora. Este es mi primer día sin ti, ésta mi primera noche oscura, esta mi primera eternidad sin tu amor, este mi primer e infinito naufragio.

Y no me importó

Esa mañana tus pasos, me acompañaron hasta el andén. Tus ojos con triste fulgor de despedida, ensayaron una simulada sonrisa, una forzada indiferencia, invadida de pena.

Y el tren partió en medio de las lágrimas. Y te quedaste allí, perdida, parada en medio de la nada.

En esos breves instantes, pasaron por mi mente, cada momento que te amé, cada beso, cada abrazo, caricia por caricia, cada segundo de amor. Tu dulce voz. El claroscuro de tus ojos. Tu fuego corriendo por mis venas.

Recordé cada día. Cada vida vivida contigo. Cada eternidad lejos de tu piel. Tanto infierno sin tus besos.

Y el tren partió. Y yo me quedé contigo. Me quedé en tus brazos. Refugiado en tu infinito amor. El mundo se caía a pedazos. Y no me importó.

Índice

1. En memoria
2. De amor crónico
3. A destiempo
4. Buscando la luz del sol
5. Efímera tregua
6. El loco
7. La muralla
8. El perfume de la nada
9. Ironía
10. Y no me sale la voz
11. La luz del amanecer
12. Con que poco brilla el sol
13. Sólo a veces
14. Déjà vu
15. El puente
16. Cazador de almas
17. El camalote
18. Irupé
19. Panambí
20. Urutaú
21. Alfonsina
22. De amor y muerte
23. ¿Dónde estabas?
24. Crónica de un amor en guerra
25. Voy hacia ti
26. Entre espinas y flores
27. Morí contigo meu amor
28. Anne Bonny & Mary Read
29. Naufragio
30. Y no me importó

Hitos

1. Índice de contenido